

su lado estarían seguros. Superado este obstáculo, marchó el ejército con buen orden y preparado para cualquier novedad. En las ciudades de Tecompantzinco y de Atlihuetzian fué recibido con toda la magnificencia posible, aunque no comparable á la de la capital, de la que salieron al encuentro de los españoles los cuatro señores de la república con una bella danza de la nobleza y con tan gran muchedumbre de pueblo, que de algunos fué estimada en cien mil personas; número verosímil, atendida la población de Tlaxcala, la novedad que produjeron aquellos hombres extranjeros, y la curiosidad que excitaron en los pueblos circunvecinos. En todas las calles de la ciudad se habían formado, según el uso de aquellas naciones, arcos de flores y ramas de árboles, y por todas partes sonaba una música confusa de instrumentos y aclamaciones, con tan grandes demostraciones de júbilo, que más parecían celebrar el triunfo de la república, que el de sus enemigos. Este día, tan memorable en los anales de Tlaxcala, fué el 26 de Setiembre de 1519.

Era entonces aquella ciudad una de las más considerables del país de Anáhuac. Cortés, en sus Cartas á Carlos V, afirma que en el tamaño, en la población, en la calidad de los edificios y en la abundancia de las cosas necesarias á la vida, era superior á Granada cuando fué conquistada á los moros; y que en su mercado, cuya descripción hace, concurrían diariamente hasta treinta mil traficantes. El mismo conquistador asegura, que habiendo obtenido del senado un censo de la población de la república, en las ciudades, villas y caseríos, resultaron ciento cincuenta mil casas y más de quinientos mil habitantes.

Habían preparado los Tlaxcaltecas, para los españoles y para todos sus aliados, un bello y cómodo alojamiento. Cortés quiso que los embajadores mexicanos se alojasen en una habitación próxima á la suya, tanto para hacerles honor, cuanto para quitar de sus ánimos todo recelo de los Tlaxcaltecas. Los jefes de la república, para dar á los españoles un nuevo testimonio de su sincera amistad, presentaron á Cortés, según el uso de aquellos pueblos, trescientas bellas jóvenes. Cortés las rehusó al principio, alegando que la ley cristiana condenaba la poligamia; mas después aceptó algunas, por no disgustarlos, para que sirviesen y acompañasen á Doña Marina. A pesar de su repulsa, volvieron muy en breve á regalarle cinco de la primera nobleza, que aceptó para estrechar más y más los vínculos de su amistad con la república. Estas doncellas y las otras fueron prontamente instruidas, y renunciando á la superstición de sus padres, recibieron solemnemente el bautismo, en un templo que Cortés mandó asear y componer, para celebrar en él los sacrosantos misterios de nuestra religión. Una de las cinco señoras, que era hija del príncipe Maxixcatzin, tomó en el bautismo el nombre de Doña Elvira, y fué dada al capitán Juan Velazquez de Leon: otra, hija del viejo Xicotencatl, se llamó Doña Luisa Techquihuatzin, y se dió al capitán Pedro de Alvarado;<sup>1</sup> y las otras tres se dieron á los capitanes Cristóbal de Olid, Gonzalo de Sandoval y Alonso de Avila.

Estimulado por tan felices principios, quiso Cortés persuadir á los jefes de la república y de la nobleza, á detestar su superstición y reconocer al verdadero Dios; mas ellos, aunque convencidos por sus razones confesaron la bondad y el poder del Dios que adoraban los españoles, no quisieron renunciar á sus su-

<sup>1</sup> Tuvo Alvarado de Doña Luisa dos hijos, Don Pedro y Doña Leonor. Esta se casó con Don Francisco de la Cueva, caballero del Orden de Santiago, gobernador de Guatemala y primo del duque de Alburquerque. De este matrimonio nacieron muchos hijos.

puestas divinidades, porque las creían necesarias á la felicidad humana. "Nuestro dios *Camaxtle*, decían, nos concede la victoria sobre nuestros enemigos; nuestra diosa *Matlalcueye* envía la lluvia necesaria á nuestros campos, y nos defiende de las inundaciones del río Zahuapan. A cada uno de nuestros dioses debemos una parte de la felicidad de nuestra vida, y su cólera, provocada por nuestra ingratitude, podría atraernos los más terribles castigos." Cortés, animado de un celo demasiado ardiente y violento, quería hacer con los ídolos de Tlaxcala, lo mismo que había hecho con los de Cempoala; pero el padre Olmedo y otras personas prudentes lo disuadieron de tan temerario atentado, haciéndole ver que aquella violencia, además de no ser conveniente á la pacífica promulgación del Evangelio, podría ocasionar la total ruina de los españoles, en una ciudad tan populosa y tan adicta al culto supersticioso que profesaba. No cesó, sin embargo, en los veinte días que allí se detuvo, de reconvenir á los Tlaxcaltecas por la abominable crueldad de sus sacrificios, inculcándoles la pureza y la santidad de la religión cristiana, la falsedad de aquellos números que adoraban, y la existencia de un Sér Supremo, que rige todas las causas naturales y vela con admirable providencia sobre la conservación de sus criaturas. Estas exhortaciones, hechas por un hombre de tanta autoridad y de quien habían formado los Tlaxcaltecas tan sublime concepto, aunque no produjeron todo el fruto que se deseaba, fueron muy útiles; pues movido por ellas el senado, mandó que se rompiesen las jaulas y que se pusiesen en libertad los prisioneros y los esclavos que se guardaban para ser sacrificados á sus dioses en las fiestas solemnes, ó en las necesidades públicas del Estado.

Así se establecía cada día más, con nuevas demostraciones, la alianza de los Tlaxcaltecas, en despecho de las continuas sugerencias que los embajadores mexicanos hacían para romperla. Cortés, aunque bien persuadido de la sinceridad de los Tlaxcaltecas, había dado orden á sus tropas para que estuviesen siempre armadas, por lo que pudiera sobrevenir. Ofendióse de esto el senado, y se quejó amargamente de la desconfianza de Cortés, después de tantas y tan incontestables pruebas de buena fé como los Tlaxcaltecas le habían dado; pero Cortés se excusó, protestando que aquello no se hacía por desconfianza, sino por ser costumbre establecida entre los españoles. Con esta respuesta quedaron satisfechos, y tanto les gustó aquella disciplina, que Maxixcatzin quiso introducirla en las tropas de la república.

Finalmente, Cortés, después de haber adquirido en el tiempo de su mansión en Tlaxcala, una noticia más exacta de la situación de la ciudad de México, de las fuerzas de aquel reino y de todo lo que podía coadyuvar al éxito de sus designios, determinó continuar su viaje; mas antes de partir, regaló á los Tlaxcaltecas un gran número de los trages más hermosos que le había enviado Moteczuma. Estaba dudoso sobre el camino que debía tomar para dirigirse á la capital del imperio. Los embajadores mexicanos querían que fuese por Cholula, donde se había preparado un gran alojamiento para toda su gente: los Tlaxcaltecas lo disuadieron de aquel plan, manifestándole la perfidia de los Cholutecas y aconsejándole que se encaminase por Huexotzinco, Estado confederado con los Tlaxcaltecas y con los españoles; mas Cortés se resolvió á ir por Cholula, tanto por complacer á los embajadores como para acreditar á los Tlaxcaltecas el poco caso que hacía de los esfuerzos de sus enemigos.

Los Cholutecas habían sido aliados de Tlaxcala; pero á la llegada de los españoles se habían confederado con los Mexicanos y eran enemigos jurados de la república. La causa de esta gran enemistad había sido la perfidia de los

mismos Cholultecas. Estos, en una batalla que, como aliados de Tlaxcala, habian dado á las tropas de México, estando en la vanguardia del ejército, se pusieron, por una repentina evolucion, á retaguardia, y atacando á los Tlaxcaltecas por la espalda, miéntras los Mexicanos peleaban de frente, hicieron en ellos grandes estragos. El odio que encendió en los Tlaxcaltecas esta detestable traicion, solo buscaba ocasiones de venganza, y ninguna les pareció más oportuna que la de aquella alianza con los españoles. Para inspirar el mismo odio á Cortés y moverlo á declarar la guerra á Cholula, le hicieron ver que la conducta de aquellos pueblos para con él era muy sospechosa, pues no le habian enviado mensajeros para cumplimentarlo, como lo hicieron los Huexotzingos, no obstante la distancia á que se hallaban. Referíanle además el mensaje que decian haber recibido de ellos reconviéndolos por su alianza con los españoles, llamándolos cobardes y viles y amenazándolos que morirían todos anegados, en el punto y hora en que emprendiesen algun ataque contra aquella santa ciudad; pues entre otros errores de su creencia, se figuraban que siempre que quisieran, podian, solo con echar abajo los muros del templo de Quetzalcoatl, hacer brotar rios caudalosos, que en un momento inundarian la ciudad; y aunque los Tlaxcaltecas no dejaban de temer aquel infortunio, el deseo de la venganza era más poderoso que el miedo en sus corazones.

Convencido Cortés por aquellas sugerencias, envió cuatro nobles Tlaxcaltecas á Cholula, para saber de los señores de aquella ciudad el motivo de no haber tenido con él la consideracion de que habian usado los Huexotzingos. Los Cholultecas se excusaron con la enemistad de los Tlaxcaltecas, de los cuales no podian fiarse.<sup>1</sup> Esta respuesta fué enviada por cuatro plebeyos, lo que era una manifiesta demostracion de desprecio. Aconsejado Cortés por los Tlaxcaltecas, mandó decir á aquellos señores por, medio de cuatro Cempoaltecas, que la embajada de un monarca tan grande como el rey de España, no debía confiarse á tan viles mensajeros, cuando ni aun ellos mismos eran dignos de recibirla; que supiesen que el rey católico era el verdadero dueño de aquellos países, y que él venia en su nombre á exigir homenaje de sus pueblos; que los que se sometiesen serian honrados, y los rebeldes, castigados como merecian; que, por tanto, compareciesen en el término de tres dias á tributar obediencia á su verdadero soberano, y que si así no lo hacian, serian tratados como enemigos. Los Cholultecas, aunque se burlaron interiormente, como era probable, de tan arrogante embajada, para disimular su maligno intento se presentaron al siguiente dia á Cortés, rogándole que excusase su falta, ocasionada por la enemistad de los Tlaxcaltecas, y reconociéndose, no solo amigos de los españoles, sino vasallos de su rey.

#### ENTRADA DE LOS ESPAÑOLES EN CHOLULA.

Resuelto, pues, el viaje por Cholula, salió Cortés de Tlaxcala con toda su gente y con un gran número de tropas de aquella república,<sup>2</sup> que muy en bre-

<sup>1</sup> Torquemada añade que los Cholultecas retuvieron al principal de los mensajeros tlaxcaltecas, llamado *Pullahuatzin*, y que con inaudita crueldad le desollaron el rostro y los brazos, y le cortaron la nariz; mas esto es falso, porque aquella crueldad no podia ser ignorada por los españoles, pues ni Bernal Diaz ni Cortés, ni ninguno de los historiadores antiguos hace mencion de ella. Cortés no la hubiera omitido en su Carta á Carlos V, en justificacion del castigo que impuso á los Cholultecas; ni es verosímil que despues de tamaño atentado cometido contra uno de sus mensajeros, hubiese aguardado otros indicios de la mala fé de aquella gente.

<sup>2</sup> Cortés dice que los Tlaxcaltecas que lo acompañaron hasta seis millas ántes de llegar á Cholula, eran

ve licenció, conservando solo seis mil hombres. Poco ántes de llegar á Cholula, salieron á su encuentro los principales señores y sacerdotes, con incensarios en las manos, y despues de las acostumbradas ceremonias de respeto, dijeron al general que entrase con todos sus españoles y con los Totonacas, pero que no permitiese lo acompañasen los Tlaxcaltecas, á quienes miraban como enemigos. Consintió en ello Cortés por complacerlos y los Tlaxcaltecas quedaron acampados fuera de la ciudad, imitando en la disposicion del campo, en el orden de los centinelas y en todo lo demás, la disciplina militar de los españoles. A la entrada del ejército español hubo la misma concurrencia y las mismas ceremonias, aclamaciones y obsequios que en Tlaxcala, mas no con la misma sinceridad.

Era entónces Cholula una ciudad populosa, distante diez y ocho millas de Tlaxcala y cerca de sesenta de México, y no ménos célebre por el comercio de sus habitantes que por su religion. Su situacion, como en la actualidad, era una bella llanura, á poca distancia de aquel grupo de altas montañas que circundan el valle de México por la parte de Levante. Su poblacion en aquel tiempo, segun afirma Cortés, era de cerca de cuarenta mil casas, y casi habia otras tantas en los lugares vecinos que le servian como de arrabales. Su comercio consistia en manufacturas de algodón, joyas y vajilla de barro, siendo muy famosos sus joyistas y alfareros. Por lo que respecta á la religion, puede decirse que Cholula era la Roma de Anáhuac. Como el célebre Quetzalcoatl se habia detenido tanto tiempo en aquella ciudad y habia favorecido tanto á sus habitantes, despues de su apoteosis se le consagró allí un culto especial. La extraordinaria muchedumbre de templos que allí habia, y especialmente el mayor, erigido sobre un monte artificial, que hasta ahora subsiste, atraian á aquel pueblo, que se reputaba santo, un número infinito de peregrinos, no solo de las ciudades vecinas, sino tambien de las provincias más remotas.

Fué alojado Cortés con todas sus tropas en unas casas grandes, donde los dos primeros dias fueron abundantemente provistos de víveres; pero muy en breve empezaron á escaseárselos, hasta que llegó el caso de que solo les suministraban agua y leña. Ni fué este el único indicio que dieron de sus torcidas intenciones, pues á cada momento se ofrecian nuevos anuncios de la traicion que meditaban. Los aliados Cempoaltecas habian observado que en las calles de la ciudad se habian construido unos grandes agujeros, en que se habian plantado estacas agudas, cubriéndolas despues con tierra; lo cual no podia tener otro objeto que el de inhabilitar los caballos. Ocho hombres venidos del campo tlaxcalteca le avisaron que habian visto salir de la ciudad gran muchedumbre de mujeres y niños, señal indudable en aquellas naciones de una guerra inminente. Además de esto, se sabia que en algunas calles se formaban trincheras y que habia grandes montones de guijarros en las azoteas de las casas. Finalmente, una señora cholulteca, que se habia prendado de la hermosura, del ingenio y de la discrecion de Doña Marina, la rogó que se salvase en su casa del peligro que amenazaba á los españoles; con lo que ésta tuvo ocasion de informarse de toda la trama y de ella dió cuenta inmediatamente á Cortés. Este supo, de boca de la misma señora cholulteca, que sus compatriotas habian concertado el exterminio de todos los españoles, con el auxilio de veinte mil Mexicanos acampados cerca de la ciudad.<sup>1</sup> No satisfecho con todos estos datos,

cientos mil guerreros, poco más ó ménos. Bernal Diaz cuenta tan solo dos mil de los diez mil que ofreció el senado; mas esta seguramente es una distraccion de aquel escritor.

<sup>1</sup> Bernal Diaz dice que el ejército mexicano, segun se supo, era de veinte mil hombres. Cortés dice que los mismos señores de Cholula le confesaron que no bajaba de cincuenta mil.

encargó á Doña Marina que emplease todas sus artes en hacer venir á su alojamiento dos sacerdotes, los cuales confirmaron todo lo que la señora había descubierto.

Viéndose Cortés en tan grave peligro, determinó emplear todos los medios oportunos para salvarse. Mandó llamar á su presencia á las personas de más alto carácter de la ciudad, y les dijo que si tenían alguna queja contra los españoles, la expusiesen claramente, como convenia á hombres de honor, y se le daría la competente satisfacción. Ellos respondieron que estaban satisfechos de su conducta y prontos á servirlo; que cuando resolviese marchar, seria abundantemente provisto de todo cuanto necesitase para el viaje y que aún se le darían fuerzas para su seguridad. Aceptó Cortés la oferta y señaló el día siguiente para su marcha. Los Cholultecas se fueron contentos, porque les parecia que todo se preparaba felizmente para el éxito de sus designios; y para asegurarlo más, sacrificaron á sus dioses, segun dicen, diez niños, cinco de cada sexo. Cortés reunió á sus capitanes, les descubrió las intenciones malvadas de aquellos hombres, y les mandó que le dijese su dictámen sobre lo que debía hacerse en tanto aprieto. Algunos querían que se evitase el peligro, retirándose á la ciudad de Huexotzinco, distante apenas nueve millas de Cholula, ó bien á Tlaxcala; pero la mayor parte se sometieron á lo que decidiese el general. Cortés dió las órdenes que le parecieron más conducentes á su intento, protestando que no se creía seguro en México si no dejaba bien castigada aquella pérfida ciudad. Mandó á las tropas auxiliares de Tlaxcala, que al día siguiente, al despuntar el sol, cayesen de pronto sobre ella, destruyendo cuanto encontrasen y respetando tan solo las mujeres y los niños.

#### CATASTROFE DE CHOLULA.

Llegó finalmente aquel día que debía ser tan infausto para los Cholultecas. Aparejaron los españoles sus caballos, apercibieron la artillería y las armas y se formaron en un gran patio de su alojamiento, que debía ser el teatro principal de aquella tragedia. Llegaron los Cholultecas al rayar el día. Los señores, con unos cuarenta nobles y los hombres de carga, entraron en las salas y en las cámaras para tomar el equipaje; mas en breve se les pusieron guardias para que no pudieran salir. Las tropas cholultecas, á lo ménos una gran parte de ellas, entraron en el patio con otros nobles, á petición sin duda del mismo Cortés, el cual, montando á caballo, les habló en estos términos: "Yo, señores, me he esmerado en granjearme vuestra amistad: entré pacíficamente en esta ciudad, y ni yo, ni ninguno de los míos os hemos hecho el menor perjuicio; antes bien, para que no tuviérais queja, no quise permitir que entrasen conmigo las tropas tlaxcaltecas. Además, os he rogado que me digáis claramente si habeis recibido de nosotros algun agravio, para daros la debida satisfacción; pero vosotros, con detestable perfidia, habeis urdido, bajo semblante de amistad, la más cruel traición, para que yo perezca con mi gente. Nada ignoro de vuestros malignos proyectos." Y llamando aparte á cuatro ó cinco Cholultecas, les preguntó qué razon habían tenido para maquinar tan execrable atentado. Ellos respondieron que los embajadores mexicanos, para complacer á su soberano, los habían inducido á exterminar á los españoles. Cortés entonces, con el rostro encendido en cólera, habló así á los embajadores que se hallaban presentes: "Estos malvados, para excusar su delito, acusan de traición á vosotros y á vues-

tro rey; pero ni yo os creo capaces de tanta maldad, ni puedo persuadirme que el gran monarca Moteuczoma quiera ser tan cruel enemigo mío, al mismo tiempo que me concede las pruebas más relevantes de amistad, ni que pudiendo abiertamente oponerse á mis pretensiones, se valga de la traición para frustrarlas. Yo haré respetar vuestras personas con el escarmiento que voy á dar á estos perversos. Hoy perecerán, y su ciudad será destruida. Llamo al cielo y á la tierra por testigos, que su perfidia es la que arma nuestros brazos, para una venganza tan opuesta á nuestra índole."

Dicho esto, y dada la señal del ataque, que era un tiro de mosquete, partieron tan furiosamente los españoles contra aquellas miserables víctimas, que de todos los que se hallaban en el patio, que eran muchos, no quedó uno solo con vida. Los arroyos de sangre que corrian por el patio y los tristes lamentos de los moribundos, hubieran bastado á mover á piedad todo corazón que no estuviese animado por el furor de la venganza. No quedando ya nada que hacer en aquel recinto, salieron por las calles ensangrentando con el mismo furor las espadas en cuantos Cholultecas se les presentaban. Los Tlaxcaltecas, entre tanto, vinieron á la ciudad como leones sangrientos, aguijoneada su ferocidad por el odio á sus enemigos y por el deseo de complacer á sus nuevos aliados. Tan horrendo é inesperado golpe, puso en el mayor desórden á los habitantes; pero habiéndose reunido en muchas huestes, hicieron por algun tiempo una vigorosa resistencia, hasta que notando los estragos que en ellos hacia la artillería y reconociendo la superioridad de las armas europeas, de nuevo se desordenaron, retirándose confusos y despavoridos. La mayor parte procuró salvarse con la fuga: otros recurrieron á la superstición de arrasar los muros del templo para inundar la ciudad; pero viendo que aquella diligencia era inútil, procuraron fortificarse en los templos y en las casas. Nada de esto les sirvió, porque sus enemigos empezaron á pegar fuego á todos los edificios en que hallaron alguna resistencia. Arden las casas y las torres de los santuarios: por las calles no se ven más que cadáveres ensangrentados, ó á medio devorar por las llamas; solo se oyen los clamores insultantes y amenazadores de los confederados, los débiles suspiros de los moribundos, las imprecaciones de los vencidos contra los vencedores, y los lamentos que dirigen á sus dioses por haberlos abandonado en tan gran calamidad. De los muchos que se refugiaron á las torres de los templos no hubo mas que uno solo que se rindiese á sus verdugos: todos los otros perecieron en las llamas, ó buscaron una muerte ménos dolorosa arrojándose desde aquella altura.

Con este horrible estrago,<sup>1</sup> en que perecieron más de seis mil Cholultecas, quedó por entonces despoblada la ciudad. Los templos y las casas fueron sa-

<sup>1</sup> En los escritos de Las Casas se lee muy desfigurado este suceso de Cholula. Es cierto que fué demasiado rigorosa la venganza y horrible el destrozo; mas no carecieron los españoles, para castigar á los Cholultecas, de las razones que he indicado en el texto, y sin embargo, ninguna mención hace de ellas aquel prelado. Tampoco es cierto que interviniesen aquellas odiosas circunstancias que él cita y que no se hallan en ningun historiador antiguo. Para hacernos creer que los españoles hicieron aquel escarmiento por mero capricho, y que mientras los soldados derramaban torrentes de sangre el general cantaba alegremente unas coplas, seria necesario á lo ménos que el mismo prelado lo refiriese como testigo ocular, ó que alegase algunos documentos que bastasen á borrar la idea que nos dan de Cortés los que lo conocieron. De este modo seria algun tanto verosímil lo que es enteramente increíble. Pero ni Las Casas se halló presente, ni cita prueba alguna digna de nuestra fé. Sin duda se valió ligeramente de alguna noticia dada por uno de los muchos enemigos del Conquistador. Yo no soy su panegirista, ni excuso sus yerros; pero soy historiador, hombre y cristiano, y bajo ninguno de estos aspectos puedo afirmar lo que no creo, ni creer de un individuo de mi especie tanta maldad, sin graves fundamentos. Describo el hecho de Cholula como lo hallo en los historiadores sinceros que se hallaron presentes, ó que se informaron, tanto de los antiguos españoles como de los indios.

queadas, apoderándose los españoles de las joyas, del oro y de la plata; los Tlaxcaltecas de las ropas, de las plumas y de la provision de sal. Terminada apenas la catástrofe, se presentó un ejército de veinte mil hombres, enviados por la república de Tlaxcala, bajo el mando del general Xicotencatl: probablemente sería efecto de algun aviso despachado la noche antes al senado por los jefes de las tropas tlaxcaltecas que acamparon fuera de la ciudad. Cortés agradeció el socorro, regaló á Xicotencatl y á sus capitanes una parte del botin, y le rogó que se volviese con su ejército á Tlaxcala, puesto que no lo necesitaba: sin embargo, conservó consigo los seis mil hombres que le habian ayudado en el castigo de Cholula, á fin de que lo acompañasen en su viaje á México. De este modo quedó más consolidada la alianza de españoles y Tlaxcaltecas.

#### SUMISION DE LOS CHOLULTECAS Y DE LOS TEPEYAQUESES A LA CORONA DE ESPAÑA.

Vuelto Cortés á su alojamiento, en que habian quedado como prisioneros cuarenta Cholultecas de la primera nobleza, éstos le rogaron que diese lugar entre tanto rigor á la clemencia, y que permitiese á uno ó dos de ellos, ir á llamar á las mujeres, niños y otros fugitivos que andaban aterrados y llenos de espanto por los montes. Movido Cortés á compasion, mandó cesar el furor de las armas, y publicó un indulto general. Promulgado este bando, se vieron de repente alzarse de entre los muertos algunos que habian fingido estarlo, para preservar la vida, y acudir á la ciudad bandadas de fugitivos, deplorando, quién la muerte del esposo, quién la del hijo, quién la del hermano. Mandó Cortés quitar de los templos y de las calles los cadáveres que empezaban á corromperse, y poner en libertad á los nobles prisioneros, y dentro de pocos dias quedó aquella ciudad tan bien poblada, que no parecia faltar ninguno de sus habitantes. En seguida recibió las enhorabuenas de los Huexotzingos y de los Tlaxcaltecas, y el juramento de fidelidad á la corona de España, de los mismos Cholultecas y de los Tepeyaqueses: ajustó los disturbios que reinaban entre las dos repúblicas de Tlaxcala y Cholula, y restableció su antigua amistad y alianza, que se mantuvo firme desde entónces en adelante. Finalmente, para cumplir con las obligaciones de la religion y de la caridad, mandó romper las jaulas y poner en libertad á todos los prisioneros y esclavos destinados á los sacrificios. Hizo además limpiar el templo mayor, y enarboló en él el estandarte de la cruz, despues de haber dado á los Cholultecas, como á todos los otros pueblos, entre los cuales se detenia, algunas ideas de la religion cristiana.

#### OTRA EMBAJADA Y REGALOS DE MOTEUCZOMA.

Orgullosa el general español por tan felices sucesos, y deseoso de amedrentar á Moteuczoma, encargó á los embajadores mexicanos dijese á su señor, que si hasta entónces se habia propuesto entrar pacíficamente en México, despues de lo ocurrido en Cholula se habia determinado á entrar como enemigo, y haciéndole cuanto daño pudiese. Los embajadores respondieron que antes de tomar aquella resolucion, hiciese más diligentes investigaciones sobre los sucesos últimamente ocurridos, para asegurarse de las buenas intenciones de su soberano; y que, si le parecia bien, uno de ellos pasaria á la corte á representar al rey las quejas que de él tenia Cortés. Consintió éste en aquella me-

didada, y al cabo de seis dias volvió el embajador, trayendo un gran regalo, que consistia en diez platos de oro, de valor de muchos miles de pesos; mil y quinientos vestidos y una gran provision de comestibles; dando gracias al general español, en nombre del monarca, por el castigo que habia dado á los Cholultecas, y asegurando que el ejército que se habia alistado para sorprender á los españoles en el camino, era de Acatzinqueses y de Itzocaneses, aliados de Cholula, los cuales, aunque súbditos de la corona, habian tomado las armas sin orden de su soberano. Los embajadores aseguraron esto mismo con su juramento y Cortés fingió darles crédito.

No es fácil descubrir la verdad en este negocio, ni puedo ménos de censurar la ligereza con que los autores aseguran tan francamente lo que de un todo ignoraban. ¿Por qué se ha de dar asenso á los Cholultecas, hombres dobles y falsos, como todos confiesan, y no á los Mexicanos y al mismo Moteuczoma, que por la eminencia de su carácter es más digno de confianza? La conducta constantemente pacífica de aquel monarca para con los españoles, á quienes no hizo el menor daño, en tantas y tan oportunas ocasiones como tuvo de exterminarlos, y la moderacion con que siempre habló de ellos, como confiesan los mismos historiadores, hacen increíble la excusa de los Cholultecas: por otro lado, le dan alguna apariencia de verdad ciertos indicios, aunque oscuros, de la indignacion de Moteuczoma, y sobre todo, las hostilidades cometidas en aquella misma época contra la guarnicion de Veracruz por un poderoso feudatario de la corona de México.

#### REVOLUCION DE TOTONACAPAN.

*Cuauhpopoca*,<sup>1</sup> señor de Nauhtlan, ciudad llamada por los españoles Almería, situada en la costa del seno Mexicano, á treinta y seis millas al norte de Veracruz y cerca de los confines del imperio, tuvo orden de Moteuczoma de reducir á los Totonacas á la debida obediencia, inmediatamente despues que Cortés se retirase de aquellas costas. Para cumplir este mandato aquel caudillo, requirió con amenazas, de los pueblos desobedientes, el tributo que debian pagar á su soberano. Los Totonacas, insolentados con el favor de sus nuevos amigos, respondieron con arrogancia que no debian homenage alguno á quien ya no era su rey. Viendo entónces Cuauhpopoca que de nada servian sus amonestaciones y que no conseguia reducir aquellos hombres, demasiado fiados en la proteccion de los españoles, y ya resueltos á no respetar á su monarca, poniéndose á la cabeza de las tropas mexicanas de la frontera, empezó á hacer correrías en los pueblos de Totonacapan, castigando con las armas su rebelion. Los Totonacas se quejaron á Juan de Escalante, gobernador de Veracruz, y le rogaron que se opusiese á la crueldad de los Mexicanos, ofreciéndose á poner á sus órdenes un buen número de tropas. Escalante envió al jefe de los Mexicanos una cortés embajada para disuadirlo de aquella empresa, que segun creia, no podia ser agradable al rey Mexicano, á quien tantas pruebas de favor debian los españoles, amigos de los Totonacas. Cuauhpopoca respondió que él sabia mejor que los españoles si era ó no grato á su rey el castigo de los rebeldes; que si los españoles querian favorecerlos, él con sus tropas los aguardaria en las llanuras de Nauhtlan, á fin de que las armas decidiesen de su suerte. No pudo sufrir esta respuesta el gobernador, y sin pérdida de tiempo marchó al pun-

<sup>1</sup> Bernal Diaz lo llama Quetzalpopoca, que tambien es nombre mexicano.